

El pueblo incaico y su voz

Ana Isabel Vázquez Rubiales
Curso intensivo “La voz del pueblo”

A lo largo de las siguientes páginas, analizaremos el significado de pueblo, cultura, mestizaje, mito y leyenda, todo ello enmarcado por el exótico contexto de Latinoamérica, para luego meteremos de lleno en el mundo indígena, a través de la obra del Inca Garcilaso de la Vega. De este modo, podremos deducir que la narrativa latinoamericana se confunde a la vez que se enriquece con los mitos originarios y aquéllos que la vida de los pueblos no cesan de crear para poder crecer. Será sin duda un recorrido intenso, pero valdrá la pena...

Nos apoyaremos en unos escritos de la autora Delia Caminotti para iniciar nuestro camino y conectar con la narrativa, la cultura y el pueblo latinoamericanos, en especial.

La narrativa latinoamericana alberga varias funciones, pero la que destaca es aquélla que insiste en dar sentido a la recuperación de la realidad representada en todas sus esferas sostenida por estructuras simbólicas que amplían y proyectan la afirmación de lo humano-americano, en un referente inmediato: el contexto histórico-cultural. De este modo, señalamos a la actual narrativa como parte indicativa de la identidad, como zona aclarativa de la expresión e interpretación de la Cultura Latinoamericana.

Partimos, pues, de que la cultura es una totalidad, una entidad vital que no se comprende totalmente a nivel consciente porque abarca un gran margen de irracionalidad. La cultura latinoamericana, iluminada por la razón, la fe, la ciencia y el mito, no se limita a recoger sólo los niveles de la apariencia y la "normalidad" de lo demostrable, sino que religa el pensamiento lógico-racional con la actividad mítico-religiosa, que es el apoyo existencial del hombre como ser-en-el-mundo y el nivel donde se descubre la experiencia total de lo latinoamericano.

Esta idea anterior la corrobora Julio D. de Zan, la cultura está formada por sistemas de símbolos que expresan y transmiten las experiencias, el saber acumulado, las creencias y valores de una comunidad históricamente determinada.

Lo que sí tenemos bien claro es que la cultura no es una totalidad cerrada, sino abierta hacia el hombre mismo y trascendente siendo fuente constante de innovación, transformación y autosuperación; y también está abierta a la exterioridad de otras culturas mediante la comprensión y el diálogo que los hombres entablan con el pasado y el presente.

Las ideas del autor Rodolfo Kusch se resumen en que el análisis de una cultura debe hacerse recobrando la movilidad de ésta en el tiempo y su proyección hacia el futuro, teniendo al pueblo como el creador de los gestos y actos culturales. Es de esta forma cómo hay una cultura en todo grupo y el sujeto se totaliza con el gesto cultural, efectivizando en él su cultura. Por ello, la literatura, en tanto es expresión cultural, no se agota en la obra sino en el pueblo que la absorbe como comunidad o sujeto actuante.

Uno de los términos que sirven para caracterizar el contenido espiritual propio de la cultura latinoamericana es la intervención de lo mítico en su expresión, lo que remite a una peculiar relación Hombre-Naturaleza. Así, y según Graciela Maturo, la actual literatura de América Latina está señalando el punto máximo del encuentro entre el Mythos y el Logos.

Los signos y símbolos que encierran el sentido profundo de una cultura pueblan el mundo de la literatura que la expresa, donde el autor es el catalizador de ese horizonte simbólico que habitamos y que surge de la conciencia colectiva, del hábitat del pueblo.

Hablamos de pueblo como una categoría histórico-social que designa a todos los que comulgan con un proyecto histórico común. Al hablar de categoría histórica, nos referimos a los hechos circunstanciales, situados temporalmente en una comunidad, y a su devenir social. Como categoría cultural, apunta a la creación, defensa y liberación de un grupo humano que comparte una forma de vida manifiesta en un contexto determinado. Es decir, un pueblo organiza sus propios valores y toma así conciencia de su propia identidad en un espacio que se le ofrece para vivir su propia experiencia histórica.

El pueblo tiene sabiduría, pero no tiene ciencia, la cual debería recoger el saber popular viviente, elaborarlo, recrearlo y devolverlo honradamente al pueblo. Este último no constituye una realidad acabada, sino en proceso histórico de gestación y evolución que supera los años de los individuos y se desliza lentamente en los relatos por siglos, más que por sus años.

Aquellos que integran un pueblo comparten legítimas aspiraciones de dignidad, justicia y valores morales. El intelectual forma parte integrante del pueblo y tiene una función y una misión de integración como sujeto pensante. La pertinencia del nivel mítico en la cultura latinoamericana se funda en la exigencia de comprender que lejos de ser una pura ficción, el mito es un hecho originario que domina y defiende el destino de los hombres.

El intelectual no debe leer demasiado sino ver más, pues es un hombre de vida difícil al pertenecer a uno de los sectores donde la dominación es más visible: siendo un mediador en la creación de cultura, es allí donde presionan los centros de colonización cultural.

Al evitar el terreno de la concordancia, logramos la instauración de una nueva síntesis: el mestizaje cultural, que recupera las raíces espirituales del hombre latinoamericano y las integra en una hermandad de

culturas que beben de una misma savia. El fruto de este mestizaje cultural es fecundo cuando se analiza desde la memoria histórica.

El mestizaje no niega el pasado ni pide nada prestado al futuro. Como más adelante veremos, el Inca Garcilaso no se negó a la lengua del padre y mediante la lengua materna rescata la historia y las raíces españolas para integrarlas; supera así la historia que hereda.

Mestizaje implica también el universalismo cristiano como actitud de asimilación, pues se integran pueblos no cristianos, lo cual significa la apertura consciente a otros valores y un reconocerse integrando una continuidad histórica.

Mestizaje es también la religiosidad popular donde se mezcla la racionalidad interna de las verdades afirmadas por la Fe con las creencias populares que caminan en el límite de las supersticiones; la historia aparece como fruto e integración de un nuevo sentido de la realidad.

El mestizaje cultural es una realidad que integra y de la que participamos, y no un mero objeto para analizar y ver desde fuera. Conviene decir que nuestra capacidad para reconectar las raíces y ensayar una decisión cultural en la que se juega el repensar nuestra autenticidad para no aferrarse a estructuras del pensamiento y expresión ajenas al pueblo que integramos; el reconocernos como un ser de necesidades cuya respuesta es la cultura en su núcleo primario elemental.

El mismo pueblo es una realidad cultural que se expresa históricamente. La cultura de un pueblo es un modo peculiar de “sentir” la vida, un modo particular de vivir la existencia e intuir sus valores.

Antes de hablar de cultura popular, establecemos la cultura en su unicidad sustantiva, articulada en dos niveles:

- nivel de conciencia popular
- nivel de conciencia intelectual.

Ambos se interrelacionan y en la perspectiva latinoamericana ni el primero es simple folklore de autoctonismo, ni el segundo es elitismo ilustrado desarraigado de sus raíces. Estos niveles confluyen, pues, en el sistema de ideas vivas que el pueblo posee y de las cuales vive el hombre.

Un pueblo intuye los valores y así forma conciencia de su propia identidad en una concreta y particular conexión con la tierra (espacio, suelo patrio) y con una continuidad histórica (tiempo). Es el pueblo quien suministra la revelación de sí y es el creador de sus actos culturales.

Los pueblos, en su praxis, tienen un concepto globalizado de la vida, y así lo expresan en sus actos. En los actos cotidianos del pueblo, de sus hombres, hay una carga de valor simbólico que hoy nutre el horizonte de la literatura latinoamericana. Y es que hay en ella un sentido elaborado de trascendencia que no es la del contemplativo sino la del que da un sentido trascendente a las cosas cotidianas.

La responsabilidad de la interpretación de esa literatura supone una actividad crítica y desenmascaradora, una obligación moral, la recuperación del sentido de lo humano que se origina en la conciencia de saberse como un ser de necesidades.

Por otro lado, el mito, que es parte integrante de la historia en América, de la cotidianidad. En este terreno, la realidad no es total en tanto no considere el nivel mítico como una realidad vivida, como un hecho originario que define el mundo.

La literatura ha contribuido a desvelar esa dimensión mítica como factor de tensión que se registra en la configuración del mundo del relato de todos los escritores; la realidad

mítica actúa desde el interior del contexto cultural del cual surge el relato.

La riqueza de la literatura latinoamericana tiene una directa relación de correspondencia con la cultura que expresa. La eficacia estética de un relato se reconoce en su propio lenguaje, que es su realidad inmanente donde lo mítico-simbólico refracta la realidad cotidiana. Se logra así la visión de lo universal en lo humano concreto, pero sin agotar sus significaciones.

Cuando la literatura recoge la memoria y el vivir del pueblo, extrae su propia dinámica de la vitalidad que es su fuente de creación. La obra literaria se crea al recoger la conciencia popular y elaborarla por la conciencia intelectual. De este modo se expresa la conmoción de la conciencia mítica y el destino épico del pueblo, logrando una auténtica incorporación del quehacer intelectual a la cultura de un pueblo.

La memoria popular es siempre épica, pues los pueblos valoran la libertad y el amor cuando están en riesgo de perderlos.

Según otro autor, Furio Jesi, *el flujo del mito constituye el aflorar de un pasado remoto como para poder ser identificado con un eterno presente.*

Y siguiendo las ideas de Gaspar Pío del Corro, es a partir de las coherencias míticas desde las que se constituyen pueblos y naciones: a partir de las suyas propias o de las que les imponen centros dominantes, generadores, importadores, etc.

Y según Lida Aronne Amestoy, el hombre se vale del mito para desarrollar su razón y, así, integrar conscientemente a aquél.

Ya que hemos introducido estas páginas, nos dedicamos ahora a la literatura en sí.

Hasta nuestros días, la literatura procedente de América ha ido evolucionando y creciendo de manera insospechada, por lo que contamos con numerosos ejemplares y brillantes autores que pasaron a la historia. No obstante, vamos a centrar nuestro trabajo en uno de los más significativos, considerado por la gran parte de la crítica como el fundador de la literatura latinoamericana; nos referimos al Inca Garcilaso de la Vega.

El nombre real de este autor es Gómez Suárez de Figueroa. Se trata de un escritor e historiador peruano-hispano que, especialmente en su madurez, vivió enteramente entregado a la preparación de sus libros. Fue hijo bastardo y el primer mestizo racial y cultural de América que supo asumir y conciliar sus dos herencias culturales: la indígena americana y la europea, alcanzando a la vez gran renombre intelectual. Es decir, es hijo de una princesa indígena, Chimpu Ocllo, y de un conquistador español, el capitán Garcilaso de la Vega, que tiene parentesco con Luis de Góngora y es sobrino del propio poeta Garcilaso de la Vega. Sin embargo, este matrimonio se romperá más tarde y Garcilaso se irá a vivir con su padre. Antes de que esto suceda, nuestro Inca vivió mayoritariamente con la familia materna por la ausencia de su padre, que estaba luchando en las guerras. Serán, pues, años en los que Garcilaso aprende la lengua quechua y recibe una educación muy especial. Esta educación se incrementa cuando vive años

después con su padre. Se cría, pues, con la primera generación de criollos y mestizos, e influyen en él hispanistas procedentes de España. A la muerte de su padre, el joven Garcilaso viaja a España para que se le otorguen los títulos o beneficios que ha heredado y le corresponden, pues se considera hijo de nobles.

Se llevará una sorpresa cuando le nieguen esos títulos y le prohíban volver a su patria. Entonces, será acogido por unos tíos que tiene en Montilla (Córdoba) y vivirá con ellos hasta que éstos mueran y se convierta en su heredero de éstos, adquiriendo así una situación económica muy desahogada.

Durante estos años, nuestro autor intervino en la rebelión contra los moriscos y acaba convertido en un humanista, especialmente por influencia de su tío. Fue además muy reconocido, se dedicó a la lectura y a la escritura de sus obras, y estuvo en contacto con los humanistas cordobeses. Será, por tanto, un hombre muy cultivado, buen latinista y conecedor de la literatura clásica y las lenguas italianas; un ejemplo de hombre con un impresionante bagaje cultural.

La primera obra importante de Inca Garcilaso y con la que empieza su carrera como escritor fue la traducción de los *Diálogos de amor* de León Hebreo, obra muy reconocida en Europa. Fue una perfecta, exquisita y formal traducción del toscano -principal lengua de Italia- al español, lo cual le hizo quedar como un escritor clásico.

Siguiendo las corrientes humanistas europeas, Garcilaso inició un ambicioso y original proyecto historiográfico centrado en el pasado americano, y en especial en el del Virreinato del Perú.

Considerado, como decía, como el padre de las letras del continente, dio a conocer en Lisboa, en 1605, su *Historia de la Florida y jornada que a ella hizo el gobernador Hernando de Soto*, título que quedó sintetizado en *La Florida del Inca*.

Es una obra que contiene la crónica de la expedición de Hernando de Soto de acuerdo con los relatos que recogió él mismo durante años. Es su amigo Gonzalo Silvestre quien le cuenta lo que ocurrió en dicha expedición, en la que él no participó. Por este motivo, el Inca se inventa algunos pasajes; es decir, se esfuerza por ser veraz, pero a veces recurre a la imaginación. Se trata de un libro muy valorado por la elegancia del estilo, muy logrado, cuidado y de carácter renacentista.

Ya en otra instancia, el título más célebre de nuestro autor fue el de *Comentarios Reales de los Incas*, escrito a partir de sus propios recuerdos y relatos de infancia y juventud escuchados directamente de sus parientes maternos, o conocidos a partir de contactos epistolares y visitas a personajes destacados del Virreinato del Perú. La obra constituye uno de los intentos más logrados tanto conceptual como estilísticamente, de salvaguardar la memoria de las tradiciones de la civilización de los indios. Por esta razón es considerada su obra maestra y se la ha reconocido como el punto de partida de la literatura latinoamericana. El propósito de este libro era dignificar la historia de sus antepasados incaicos al conferirle los beneficios de la palabra escrita a ese legado histórico y cultural; venía a ser la culminación de sus mayores anhelos.

Hubo de esta obra una continuación que fue titulada *Historia General del Perú*, publicada en Córdoba, en 1617. Esta segunda parte es la más extensa que ha producido su pluma y desarrolla con estilo palpitante la conquista, las guerras civiles entre los conquistadores y la instauración del Virreinato del Perú, así como la resistencia de los incas de Vilcabamba. Incluye en sus páginas una rehabilitación de su padre, el Capitán Sebastián Garcilaso de la Vega, desprestigiado ante la Corona española por haber militado en un bando rebelde. Los últimos años de su vida los dedicó a la elaboración de esta segunda parte, a la cual impregnó de fervor polémico y de evocaciones nostálgicas.

Ahora bien, después de esta breve enumeración de las obras del Inca Garcilaso, vamos a fijar nuestra atención en los *Comentarios reales*, especialmente en la primera parte.

Para realizar este análisis, retomemos la infancia de Garcilaso, momento en el que éste se vio rodeado por la comunidad indígena, los parientes maternos, y escuchó embelesado las antiguas <<fábulas historiales>> de sus antepasados. Se trataba de relatos cosmogónicos y etiológicos concebidos para autorizar el linaje de la familia real, y en los que se describía la fundación de Cuzco. Estos relatos no siempre fueron para el Inca motivo de simple diversión infantil, pues todo lo que escuchó en aquellas veladas familiares quedaría atesorado en su memoria. Sería en la vejez cuando retomase con placer esas fábulas de sus antepasados para respaldar con ellas noticias ofrecidas en sus libros. La estrecha relación de Garcilaso con su familia materna le permitió observar la desintegración física y moral del *Tahuansintuyo* -imperio incaico, así designado en quechua-, así como el avance de la conquista. Entonces Garcilaso debió comprender, mejor que ningún otro, el grave error de los incas al luchar entre sí y recibir y honrar a los españoles como si éstos fuesen dioses. De modo que su infancia se vio circunscrita por un ámbito enriquecido de creencias y materia legendaria de toda índole.

En los años inquietos de su adolescencia, y ya en otro plano social, el Inca fue identificándose con la primera generación de mestizos que había nacido en el Perú. Creció a la sombra prestigiosa de su padre y sintiéndose heredero de linajes y sentimientos de hidalguía. Y también tuvo que presenciar las luchas criminales y castigos bestiales que los españoles llevaron a cabo entre sí. De hecho, el Inca recopiló además un material anecdótico y de sucesos extraordinarios ocurridos en el virreinato del Perú y en otros sitios remotos de América, todo ello relatado por muchos aventureros,

transeúntes y conquistadores que pasaron por su casa cuando el capitán Garcilaso ofrecía cenas. Por lo tanto, es natural que sus recuerdos oscilaran entre las evocaciones ingenuas de la infancia e imborrables momentos de terror en un marco desolador de miserias y persecuciones.

Volviendo a la obra, estamos ante un texto que es de materia primordial de la historiografía americana, pero sobre el que inciden un agudo pensamiento crítico y muy diversos testimonios personales del relator. Además, no se puede eludir la recurrente proyección autobiográfica que se insinúa en la obra a modo de hilo conductor del texto y acaso como el referente más inmediato en el vasto panorama histórico de la obra; sin embargo, no hay exclusivamente narración autobiográfica en el texto. Aún así, diremos que nuestro autor llegó a contemplar las diversas fases de su vida como instancias que resumirían históricamente buena parte de la empresa española en América. Esto ya se confirmaba en el proemio de *La Florida del Inca*.

El Inca Garcilaso comprendió que el valor de las fábulas no radicaba en el posible contenido real de las mismas, y entendió además que en el mito y la leyenda a menudo subyace una vivencia colectiva y un concepto de la sabiduría que bien pueden tener un rico contenido testimonial. Ello derivará en el hecho que Garcilaso fuese el primer escritor de su tiempo que afrontó la relación entre los fundamentos de la historiografía europea y las divergentes realidades culturales que ofrecían los pueblos americanos.

Nuestro relator no pretendió corregir o contradecir a los historiadores, sino completar y glosar la labor de éstos. Esto lo podemos ver reflejado en la obra que nos compete en estas líneas, pues el Inca, con su libro, nos abre las puertas al mundo incaico para verlo con más claridad y detalle. Para

ello, no fue corto de palabras y compartió con nosotros todo aquello que mantuvo en su memoria desde su niñez y que ahora pone por escrito para perpetuar la verdadera historia, cultura y vida del imperio incaico.

En los *Comentarios Reales de los Incas*, Garcilaso incluye numerosos e interesantes apartados, pero iremos por partes...

Uno de los puntos principales lo constituirían la **historia** y **cultura incaicas**, donde el autor nos hablaría de la concepción del Nuevo Mundo, la descripción del Perú, los orígenes de la monarquía inca, las fábulas historiales sobre el pasado, los significados de los nombres reales, la fundación del Cuzco, los agüeros y profecías sobre la conquista, etc. A pesar de la gran cantidad de secciones de este primer apartado, nos interesa de modo especial la colonización, llevada a cabo por el Inca Manco Capac. Según la leyenda, éste personaje tuvo la misión de poblar la parte septentrional de Perú y enseñar a sus habitantes a cultivar la tierra, a edificar las casas, etc.; es decir, los instruía en la urbanidad, compañía y hermandad, persuadiéndoles para que entre ellos siempre hubiera paz y concordia, viviendo en común según una misma ley. Le importaba mucho la justicia, por lo que impuso pena de muerte a los homicidas, ladrones y, en especial, a los adúlteros. Y es que ordenó respeto a las mujeres e hijas, de manera que cada hombre tuviera una sola mujer, con la cual se casaría no antes de los veinte años para gobernar sus casas y trabajar en sus haciendas; además, los casamientos se harían entre personas de la misma parentela para que los linajes no se confundieran. En otra instancia, gracias a la reina Mama Ocllo Huaco, las indias recibieron industria y enseñanza en el hilar y tejer para que los habitantes pudieran vestirse y calzar. También mandó que los frutos que en cada pueblo se recogían se guardasen para dar a cada uno lo que necesitase.

El Inca Manco eligió para cada pueblo un *curaca* o cacique (señor de vasallos) por sus méritos y por su carácter manso, afable y piadoso; así, la paz y la justicia estarían propiciadas.

Juntamente con estos preceptos y ordenanzas les enseñaba el culto divino, ordenó hacer un templo al sol para adorarlo y rendirle gracias por los beneficios naturales que les proporcionaba con su luz y calor; y junto al sol, también a la luna, por sacarlos de la vida salvaje que hasta entonces habían tenido.

Capac les aseguró muchos más bienes si los habitantes obedecían y cumplían todo lo que se les ordenó. Pensaba que él era hijo del sol y que las palabras que les había dicho a todos ellos eran las que el sol le revelaba únicamente a él (Capac). Por supuesto, los indios creyeron al Inca, pues ningún hombre había podido antes haber hecho con ellos lo que aquel inca hizo, y lo trataron como hombre divino venido del cielo. Esto podría tener una curiosa relación de semejanza con los textos bíblicos, especialmente del Nuevo Testamento.

Garcilaso no puede evitar reflexionar sobre la historia incaica y viaja por sus recuerdos para desembocar en las historias que escuchaba sobre la idolatría del Imperio inca, sus ritos, ceremonias, supersticiones, malos y buenos agüeros, su república. Y Garcilaso al fin concluye que cada provincia tiene su propia identidad a través de sus leyendas, tradiciones, etc.

También nos resulta muy interesante otro ámbito, el de las **creencias, hábitos y ceremonias**, donde nuestro Inca presenta las diversas divinidades veneradas en el Perú, la organización social, ocupaciones y bienes, las fiestas y labranzas, el abastecimiento y la mendicidad, etc. Pero, tal y como hicimos en el primer apartado, aquí también haremos una selección de temas.

Empezaremos con la atrayente forma de criar a los hijos desde el momento de su nacimiento. Los hijos se criaban extrañamente sin distinción alguna, ya fueran de familia pudiente o humilde, y podemos contemplar que las madres criaban a sus hijos de una manera muy concreta con objetivos también muy concretos... Tras el nacimiento de la criatura, la bañaban con agua fría para acostumbrarlos, ya desde sus primeros días de vida, al frío y al trabajo, y también para fortalecer su cuerpo. Para que no se hicieran llorones, no tomaban la leche en los brazos de la madre, sino que ésta se recostaba sobre el niño y le daba el pecho. Esto lo hacía tres veces al día, al igual que los animales, para que no se habituara a mamar todo el día y para que no se criasen sucios por los posibles vómitos. Nunca les daban de comer si aún tenían leche para sustentarlos, pues se decía que el manjar ofendía a la leche. Cuando era tiempo de sacarlos de la cuna, para no tenerlos en brazo, les hacían un hoyo en el suelo y los metían allí con sus juguetes. Con respecto al parto, las mujeres no tenían partera, ni la hubo siquiera; si alguna ejercía ese oficio, era más bien una hechicera. Las mujeres deban a luz solas, ya sea en sus casas o en un arroyo; luego, se lavaban con agua fría, a continuación a sus hijos y continuaban sus tareas como si no hubiesen parido.

Otro tema importante fue la profesión de virginidad de ciertas mujeres. En muchas provincias del imperio, los reyes Incas edificaron muchas casas de recogimiento, donde las mujeres guardaban perpetua virginidad. El modelo de este tipo de casa que más éxito tuvo fue la que había en Cuzco, en un barrio llamado *Acllahuaci*, que quiere decir *casa de escogidas*. Estas mujeres fueron escogidas por su linaje o por su hermosura; y como tenían que ser vírgenes, las escogían de ocho años de edad para abajo para mayor seguridad. En Cuzco, estas vírgenes se dedicaban a ser las mujeres del sol, por lo que tenían que ser hijas de Incas, limpias de sangre ajena. A las mujeres mezcladas con sangre ajena se las llamaban bastardas y no

podían entrar en esta casa. Dentro de la misma, había mujeres que habían entrado en las mismas condiciones pero que ya estaban envejecidas y que, por el oficio que tenían, se las llamaban *mamacuna*, es decir, matronas. Unas ejercían como abadesas, otras de maestras de novicias para enseñarlas en el culto divino, a hilar, tejer, coser, etc.; otras eran porteras y otras provisoras de la casa.

Un tercer tema lo constituyen las ceremonias caballerescas... El nombre de *huaracu* quiere decir en castellano “armar caballero”; esto vertebraba el sentido de estas ceremonias caballerescas, que consistían en dar insignias de varón a los mozos de la sangre real, y así habilitarlos para ir a la guerra o para tomar estado; sin estas insignias no podían hacer ninguna de las dos cosas. Para darles esta serie de insignias, los mozos debían pasar por un noviciado muy riguroso donde eran examinados todos los trabajos y necesidades que en la guerra se les podían ofrecer. Se trataba, pues, de una solemne fiesta de mucho regocijo para la gente común, y de gran honra y grandeza para los Incas; además, la honra o infamia de esta aprobación que los novicios sacaban participaba toda su parentela. Mozos mayores de dieciséis años entraban cada uno o dos años en una casa construida en el barrio *Collcampata*, y en ella había Incas viejos y llenos de experiencia que ejercían de maestros de los novicios. Los hacían ayunar varios días de manera muy dura, dándoles tan sólo sendos puñados de trigo y un jarro de agua simple. Pasado el ayuno, los examinaban en la ligereza haciéndoles correr desde el cerro sagrado, *Huanacauri*, hasta la fortaleza de la misma ciudad. El primero que llegaba quedaba elegido como el capitán del resto; también quedaban con gran honra el segundo, el tercero y el cuarto, y con gran infamia los que se desmayaban en la carrera. Días más tarde, los Incas los dividían en dos números iguales; a los unos les mandaban quedarse en la fortaleza para defenderla, y a los otros salir fuera, para ganar el

fuerte; al día siguiente, cambiaban de papel, y los defensores se hacían ofensores, y viceversa; de este modo, mostraban agilidad y habilidad en las dos situaciones. En estas peleas se producían heridas muy graves e incluso muertes, pues la codicia de la victoria los encendía hasta matarse.

Si seguimos las ideas del Inca, tropezamos con las **ciencias** y la **tecnología**, donde el imperio inca se vería caracterizado por la astronomía, la medicina, la tecnología y oficios.

Nos centramos en la astrología, que fue algo que los Incas practicaron con mucho interés y en la que se mostraron muy selectivos en sus puntos de atención. Es decir, hubo estrellas y planetas que les causaban gran admiración, y, en cambio, otras no, quedando en la sombra. Al Sol lo llamaron *Inti*; a la Luna, *Quilla*, y al lucero Venus *Chasca*. Por otro lado, tuvieron en cuenta los eclipses de sol y de luna, sacando sus propias conclusiones. Con respecto al eclipse solar, decían que el sol estaba enojado por algún delito que habían cometido contra él, pues mostraba su cara turbada y pronosticaban que les había de venir un grave castigo. Y, en cuanto al eclipse de luna, al verla cómo ennegrecía, decían que estaba enfermando, y que si acababa por oscurecerse, había de morir y caer del cielo; si esto pasaba, la luna alcanzaría a todos para matarlos; así se acabaría el mundo. Creían que la luna era aficionada a los perros por cierto servicio que estos animales le habían hecho y que, oyéndolos llorar, se apiadaría de ellos. De esta manera, cuando veían que se estaba produciendo un eclipse lunar, ataban a perros y les daban muchos azotes para que aullasen y llamasen a la luna; además, tocaban trompetas, cornetas, atabales y todo tipo de instrumentos que hiciesen ruido.

Ya por último, las **artes** y la **erudición**, que están constituidas, principalmente, por la poesía,

representaciones teatrales, fonética, filología y fabulaciones. Cabe destacar las dos leyendas principales de los Incas, tituladas *El templo de Titicaca* y *Un tesoro enterrado*, ambas muy atractivas. Éstas se unen a unos relatos intercalados que el Inca Garcilaso integra en el desenlace de *Historia general del Perú*, manifestando así su placer por narrar. Estos relatos, del todo recomendados como lectura breve pero curiosa, serían los siguientes: *El relato de las perlas*, *El naufragio de Pedro Serrano*, *El cuento de los melones y las hortalizas del Perú*, *La invasión de los gigantes*, y *La venganza de Aguirre*.

En esta recta final del camino, descansamos para reflexionar, meditar y finalmente llegar a la conclusión de que los mitos, las leyendas, las creencias, la cultura, la religión, las tradiciones y todo lo que esto conlleva forma parte íntegra de cada pueblo, de cada nación y de cada persona. Si un pueblo, nación o persona carecen de todo lo citado hasta ahora, no sería ni pueblo, ni nación, ni persona; todos estarían vacíos y necesitados de algo más que del concepto que los designa.

Somos, además, conscientes de que las creencias, los mitos y las leyendas de nuestros ancestros alimentan el espacio y lo colman de misterio, inquietud y tradicionalidad. Un pueblo se enriquece de todo esto y crece con ello hasta que se crean otras nuevas historias que fructifiquen en nuevas sociedades y nuevas perspectivas, y así sucesivamente como ha ocurrido hasta el día de hoy. Es, sin duda, el curso de la vida humana y su sentido de la perpetuación.

Esto nos lleva a deducir que, como todo en esta vida, todos y cada uno de los que poblamos la Tierra tuvimos un comienzo, un inicio en la existencia. Lo más increíble fue que este principio tuvo abundantes y fantásticas interpretaciones que cruzaron los mares, las montañas, la mente e la imaginación humana, las fronteras de lo posible

y de lo imposible, hasta al fin llegar a los libros, que en cierto modo constituyen un cofre del tesoro que ampara tanto a las memorias como a los recuerdos, a las leyendas y a todo aquello que queremos eternizar.

Bibliografía

· *América Latina. Integración por la cultura*, 1977, Buenos Aires, Colección Estudios Latinoamericanos, nº 24, por Fernando García Cambeiro, conjuntamente con Carlos Martínez Sarasola, Otto Morales Benítez, Graciela Maturo, Gladys C. Marin, Delia Caminotti, Gaspar Pío del Corro, Lida Aronne Amestoy. La complicación y el prólogo fueron elaborados por Mariano J. Garreta.

· *Inca Garcilaso de la Vega. Comentarios reales (selección)*, Edición de Enrique Pupo-Walker, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, nº 410).

· LÓPEZ-BARALT, Mercedes; *El Inca Garcilaso, traductor de culturas*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2011.

· Wikipedia, la enciclopedia libre (www.wikipedia.org):

- http://es.wikipedia.org/wiki/Inca_Garcilaso_de_la_Vega